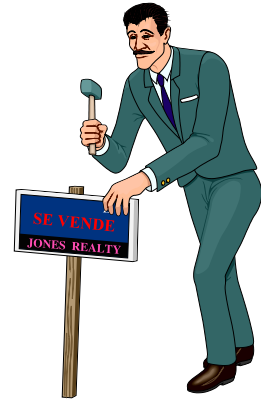


## “Usted Me Vendió Bienes Raíces En Los Cielos”



Sucedió unos momentos antes de finalizar los trabajos del día. Un mensajero se acercó a la recepcionista y anunció: “Un cable para el Señor Parker”. El ancianito se presentó y recogió el sobre.

“Es para cobrar”, dijo la recepcionista.

“Muy bien”, contestó el hombre; y metiendo la mano en su bolsa, sacó todo el dinero que tenía, apartó el valor del cable y devolvió una ficha de veinticinco a la bolsa. No tuvo que leer el cable. Él presintió la mala noticia: “Fallecida”. Durante varios días – he estado esperando esto.

Volvió a sentarse en su escritorio. Casi todos los demás empleados ya se habían retirado. Volteó su rostro a la pared. Entonces, despacio, comenzó a leer las noticias tan tristes: “Esposa falleció esta mañana; avísenos procedimiento”.

Durante algunos minutos miró fijamente a la pared. “¡Esposa falleció; avísenos procedimiento!” Volvió a leerlo varias veces. ¿Cómo podría un hombre con solamente veinticinco centavos en la bolsa y un estomago vacío telegrafiar procedimientos?

Él había estado en Los Angeles muchas veces en días pasados, pero hace tres meses había vuelto y había conseguido un empleo como mensajero en una oficina. ¿Qué podía hacer un ancianito sin dinero y sin amigos en una gran ciudad y su esposa muerta allá en el estado lejano de Missouri? Agarró su sombrero y se puso su viejo y deteriorado sobretodo. Al encontrarse en la calle ya había caído la noche; y por todos lados las multitudes empujaban, chocándose entre sí, apresurándose por llegar a casa. Un viento helado penetraba la ropa delgada del ancianito. Abrochó su sobretodo. Levantó el cuello, pero de todas maneras el viento penetraba hasta los huesos de su cuerpo delgado. Lágrimas se formaron en sus ojos y corrieron sobre su rostro arrugado.

Estaba procurando acordarse de un amigo. Urgentemente necesitaba un amigo. Por fin, se le vino el nombre de Hilario Brown. Muchas veces él había ayudado a Hilario en sus años de estudios. Ahora Hilario era un banquero rico, presidente y gerente de muchas empresas. Él había heredado dinero, se había casado con una mujer rica y había invertido sus ahorros prudentemente.

Pero a esas horas ¿qué esperanza de encontrar al hombre? No cabe duda ya hacía tiempos que Hilario habría salido de su oficina para irse a casa o para asistir a alguna distracción nocturna. Sin embargo, el ancianito dispuso intentar. Dirigió sus pasos hacia las oficinas de Hilario y notó que la luz todavía estaba prendida. Su corazón pegó un salto. Tocó la puerta y se regocijó al oír la voz conocida.

No tardó en explicar su mandado y pidió un préstamo. El banquero escuchó atentamente mientras el ancianito le contó su problema. Entonces comenzó a diagnosticar y considerar de modo serio el caso.

“Usted quiere prestar \$150.00. Tiene casi setenta años; está ganando solamente \$25.00 a la semana. Su esposa acaba de fallecer; usted quiere asistir a sus funerales, y luego, vender los pocos muebles para pagar los gastos. Pero muebles de segunda mano poco valor tienen”.

Tristemente el ancianito contestó: “Sí, Señor”.

“Pero usted no sabe cuándo ni cómo me podrá pagar el dinero”.

Otra vez el ancianito contestó en forma negativa simplemente moviendo la cabeza.

“No me parece buen negocio. Pudiera ser que en alguna forma personal pudiera ayudarle pero por el momento yo estoy atrasado. Lo que a usted le hubiera convenido hacer era prepararse para estos momentos, juntando sus ahorros cuando ganaba bien como conferencista. Usted fue demasiado generoso”.

“El Señor ama al dador alegre”, contestó el anciano.

“Sus palabras rezan bien, pero no resultan en cuanto al negocio. ¿Por qué no pide al mismo Señor que pruebe su amor para con usted ahora, en este momento de su necesidad?”

El banquero miró su reloj. “¡Caramba!”, exclamó. En este mismo momento me están esperando para la cena allá en el hotel. Venga mañana. Entonces veré que podemos hacer”.

El ancianito salió de la oficina y con paso tembloroso entró en el ascensor. Salió del edificio y caminó por la avenida hacia la Sexta Calle. Luego cruzó a la derecha hacia la plaza. Se sintió cansado y con hambre. Al llegar a la plaza se sentó, pero por el viento helado tardó solamente pocos minutos. Entonces, se levantó y siguió su camino. Pasó frente a restaurantes pero no se atrevía ni a mirar la comida tentadora. Llegó a la Octava Calle donde se detuvo y dispuso ir a una iglesia en la siguiente cuadra. Por lo menos, allí habría calefacción y quietud. Encontró la puerta media abierta como siempre y entró. El gran santuario estaba un poco oscuro pero su misma amplitud, la quietud y lo sagrado del lugar fue como un bálsamo para su alma atormentada.

Se sentó en la banca de atrás y sus pensamientos le llevaron a través de los años de su vida, con sus luchas, sus éxitos y sus fracasos. Ahora casi a la puesta del sol en su vida, él se hallaba como un corcho sobre las aguas turbulentas del mar, solito y sin amigos, en una gran ciudad. A su querida esposa, fiel ayuda durante medio siglo, ya muerta, le tocaba ser enterrada en el campo santo como el más pobre de los pobres. Era casi más de lo que podía aguantar. Todo parecía tan injusto. ¿No había sido hombre íntegro? ¿No había llevado una vida de servicio a Dios y la humanidad?

“Oh, Señor,” oró. “¿Por qué me abandonas ahora?” “Tal vez Hilario tenía razón. ¿Por qué no pedir a Dios que probara su amor?” Cayó de rodillas, enterró su rostro en sus manos y comenzó a decir:

“Señor mío, esta es la hora de mi Getsemaní, la hora más oscura de mi vida. Por amor a tu siervo ábreme las ventanas de los cielos y derrámame una bendición más”. En la oración que prolongó, le contó a su Señor la historia de su vida y finalizó diciendo: “Señor mío, toca el corazón del banquero. Que tenga a bien prestarme el dinero que tanto necesito”.

Se levantó, salió de la iglesia y cruzó la rotonda. Estaba por cruzar la calle cuando una voz le llamó: “Momentito, Señor”.

Se detuvo y volteó a ver. Vio a un hombre fornido, vestido de kaki. Calzaba unas botas finas, y un buen sombrero de fieltro cubría su cabeza. Su cara bronceada era muy visible. Sin duda alguna era hombre que laboraba al aire libre, tal vez algún ingeniero.

El hombre estaba escribiendo en un librito que llevaba en la mano; y al terminar, se acercó al ancianito y le preguntó: “¿Es usted el Coronel Jorge R. Parker?”

“Cómo no”, contestó el ancianito.

“Hágame el favor de recibir este papelito”. Y, alargando la mano, puso el papelito en la mano del ancianito.

Con mano temblorosa el viejito lo tomó. Su visión no era tan buena como en años pasados y sus anteojos estaban empañados, pero comenzó a leer en voz queda: “Páguese a la orden de Jorge

R. Parker”. Se detuvo y quedó miró nuevamente el papelito. Su voz se le fue. Permaneció atónito sin poder decir media palabra.

Por fin, enderezándose, miró al rostro del desconocido y dijo: “Señor, ¡diez mil Dólares! Yo no puedo aceptar tanto dinero. Yo soy un ancianito y jamás podría pagarle esta cantidad”.

“Hace muchos años usted me vendió bienes raíces en los cielos y le estoy pagando el primer abono”.

“¿Yo le vendí bienes raíces en los cielos? No le puedo comprender”.

“¿Se acuerda del día que usted predicó a los reos en la penitenciaría de Kansas?”

“Pues bien, yo prediqué allí en diferentes ocasiones”.

“Aquel día el tema de su mensaje era ‘Un Hogar en los Cielos’ y usted leyó en Malaquías 3:10 ‘Probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde’. Dos guardias me llevaron aquella mañana y me sentaron, obligándome a oírle. Yo tenía la fama de ser el reo más violento de todo el mundo. Y era peor que mi fama. Había cumplido dos años de mi sentencia de diez. Después de mi conversión, en seis meses ya era preso con privilegios, y al fin de un año recibí mi perdón. Mis luchas han sido muchas pero he encontrado que el Señor es mayor que mis luchas. Le doy las gracias por aquel mensaje. Cuando entré al gran salón era un criminal. Pero salí convertido en un hijo de Dios”.

Un brazo fuerte reposó sobre el hombro del ancianito y dos ojos le miraron en la cara y una voz le dijo: “Cuando el Señor dijo que derramaría bendición, él no dijo: ‘Tal vez’”.

- Tomado de *Evangelical Christian*